

LA CONCIENCIA FÍSICA O SENSACIÓN DE VIVIR

por Francisco-Manuel Nácher

Siempre me ha llamado la atención de un modo especial la afirmación reiterada de Max Heindel en el sentido de que la lucha permanente entre el cuerpo vital, que intenta conservar el cuerpo físico, y el de deseos, que lo desgasta continuamente, es lo que nos produce la sensación de vivir, o sea, la conciencia de la propia existencia. Muchas veces me he propuesto meditar sobre el tema, pero otras tantas me ha dado miedo por parecerme demasiado complejo. Ha sido un miedo no consciente, pero yo he sabido que estaba ahí, cobijado y sin atreverse a salir al descubierto.

Lo cierto es que, hace unos días, y sin pensar en el tema, de repente, vi claro el proceso y, por lo menos para mí, encontré una explicación plausible. Y es ésta:

Durante todas las horas de vigilia, querámoslo o no, estamos haciendo algo, con el cuerpo físico. Eso es indiscutible. De otro modo no estaríamos en estado de vigilia.

Pero, eso que estamos haciendo ¿qué proceso seguimos para hacerlo? Vamos a poner un ejemplo para verlo más claro. Si se trata de hacer algo con las manos, habremos de pensar primero lo que queremos hacer. Pero, para pensar lo que queremos hacer, necesariamente, hemos de elegir una entre varias, entre múltiples, yo diría que entre infinitas posibilidades. Y así: Si yo deseo rascarme la oreja derecha, una vez deseado, lo cual ya supone haber decidido entre hacerlo o no hacerlo, tendré que elegir entre utilizar para ello el dedo pulgar, el índice, el corazón, el anular, el meñique, o dos dedos, o tres, y qué dedos serán esos dos o tres, o la palma de la mano o el dorso o cualquier objeto; una vez decidido, por ejemplo, que me rascaré con el dedo índice, tendré que elegir entre hacerlo con la yema o con la uña o con un nudillo o con otro. E, incluso decidido, por ejemplo, a hacerlo con la uña, tendré de nuevo que elegir entre rascarme suavemente o con fuerza o con violencia y entre hacerlo deprisa o despacio y entre rascarme de atrás hacia delante o de delante hacia atrás o de arriba

abajo o de bajo a arriba; y, decidido que de arriba abajo, habré de elegir entre afectar a mucha o poca porción de mi oreja; y, decidido esto, si lo he de hacer ostensiblemente o con disimulo; y, después...

El proceso de elección y decisión, pues, no termina nunca ya que, apenas me he rascado, ya he de elegir entre las distintas posibilidades que se me ofrecen entre sentirme satisfecho o insistir, con todas sus elecciones subsiguientes. Lógicamente, un proceso así necesita toda la atención del Yo, que es el que elige en cada caso y, lógicamente, está siendo consciente de su actuación y, por tanto, de su vida en la Tierra.

Por otra parte, el decidirse por una de las muchas posibilidades siempre deja en el Yo un sabor agridulce, pues es seguro que había algunas otras posibilidades que también le atraían, pero que no ha podido adoptar al tener que decidirse por sólo una. Y ese sentimiento de falta de plenitud hace también que la atención del Ego se centre en este plano.

Estamos hablando de la conciencia en el mundo físico. Porque el proceso sirve también para los demás mundos, aunque hablaríamos entonces de conciencias distintas a la que aquí tratamos.

Está claro que la voluntad, en estado de vigilia, la estamos ejercitando permanentemente. Pero la voluntad es una facultad del Espíritu Divino.

Sin embargo, esa voluntad, para tomar cada una de las decisiones elegidas entre las enumeradas, no tiene más remedio que recurrir, primero al cuerpo mental para que cree una idea-forma, y luego, al cuerpo de deseos para que la envuelva en materia de deseos y cree una forma de deseo, que será lo que la voluntad ponga en marcha. Pero ese ejecutar en este mundo lo que hemos primero pensado y luego deseado, supone el desgaste por el cuerpo físico de una energía que está a cargo y proporciona el cuerpo vital. Y es lógico que haga lo posible por restaurar el desgaste producido, lo cual llama también la atención del Ego y con ello acentúa su presencia y su conciencia de vigilia.

E, incluso, en ese deseo de ahorrar energía y desgastar lo menos posible los tejidos y órganos físicos, es lógico que el cuerpo vital recurra a la característica propia de su nota-clave: La repetición. Porque, cuando algo se convierte en hábito, ya no necesita la voluntad estar presente, ya no es necesario el proceso de elección y de decisión,

ni la forma mental ni la de deseos, sino que se actúa maquinalmente, es decir, sin conciencia, inconscientemente. Y no se desgasta tanta energía como cuando se hace todo a plena conciencia.

Pero, a pesar de ese desgaste de energía que supone, está claro que la toma constante de decisiones por el Ego y la observación luego de sus consecuencias, lo hace evolucionar y aumentar su dominio sobre sus vehículos.

Cuando estamos relajados, es decir, cuando no usamos conscientemente el cuerpo físico ni tenemos que tomar decisiones sobre su actuación, la voluntad no está en él, sino en otro plano, y en él está tomando decisiones también continuamente. Por eso entonces la conciencia está en ese otro plano. Y por eso la meditación y la concentración y la reflexión y el estudio y la oración y la devoción y el amor desarrollan, tanto la mente y el cuerpo de deseos como la voluntad, favoreciendo también ese necesario dominio del Ego sobre sus diversos cuerpos.

* * *